

EL FRACASO DE CHINA Y EL AUGE DE OCCIDENTE EN LA ÉPOCA MODERNA: UN ENFOQUE GEOPOLÍTICO

CHINA'S FAILURE AND THE RISE OF THE WEST IN THE MODERN AGE: A GEOPOLITICAL APPROACH

Esteban Vidal Pérez

Universidad del País Vasco (EHU)

esteban.vidal@mail.ru



Esteban Vidal Pérez es Doctor en Ciencias Políticas, Máster en Estudios Internacionales y Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración por la Universidad del País Vasco. También se desempeña como Investigador independiente especializado en relaciones internacionales y geopolítica.



Resumen || Este artículo pretende analizar por qué el imperio chino no alcanzó la supremacía mundial en la época moderna en comparación con la civilización occidental durante el mismo período histórico. En primer lugar, este estudio repasa las principales aportaciones bibliográficas hechas por diferentes autores desde distintas perspectivas para aclarar esta cuestión. En segundo lugar, presenta el marco teórico basado en las herramientas de análisis del realismo estructural y del realismo neoclásico. Junto a esto, explica cómo es utilizada la geopolítica para contrastar la hipótesis planteada. En lo que a esto se refiere, el artículo examina la forma en la que la organización del espacio en las esferas doméstica e internacional influyó en el desarrollo histórico de China. La ausencia de fragmentación geopolítica creó un entorno internacional pacífico sin amenazas importantes para la seguridad de China. Como consecuencia de esto no existieron estímulos para cambiar las estructuras políticas internas para aumentar los ingresos del Estado con los que invertir en el gasto militar e impulsar la innovación tecnológica. Por este motivo, China quedó rezagada respecto a las potencias occidentales. Sin embargo, Europa occidental disfrutó de una elevada fragmentación geopolítica que impulsó la guerra y el cambio político para fortalecer el poder militar, lo que en última instancia condujo a las revoluciones militares y a la dominación mundial de Occidente.

Palabras clave || China, Geopolítica, Fragmentación geopolítica, Orden imperial, Organización del espacio

Abstract || This paper aims to analyze why Imperial China did not attain world supremacy in modern times compared to Occidental civilization in the same historical period. First, this study goes through the main bibliographical contributions made by different authors from different perspectives to clarify this question. Next, it presents the theoretical framework based on structural realism and neoclassical realism analytic tools. In addition to this, it explains how geopolitics is used to contrast the hypothesis presented. In this respect, it examines how space organization in the international and domestic spheres influenced the historical development of China. The absence of geopolitical fragmentation created a peaceful international environment without any serious threat to China's security. As a result, there was no stimulus to change inner political structures in order to increase State revenues to invest in military expenditures and boost technological innovation. For this reason, China lagged behind Occidental powers. Nevertheless, western Europe enjoyed high geopolitical fragmentation, which stirred up warfare and political change to strengthen military power, ultimately leading to military revolutions and western world domination.

Keywords || China, Geopolitics, Geopolitical fragmentation, Imperial order, Space organization



1. Introducción

Las causas que explican el auge de Occidente han sido objeto de investigación para innumerables académicos, y aún hoy siguen siendo una gran incógnita sujeta a debate. La principal razón del gran interés que esta cuestión despierta se debe a que se trata de un acontecimiento histórico crucial que está en el centro de la historia moderna, y cuya comprensión es fundamental para entender el presente.

Sin embargo, la discusión acerca de las razones por las que China no logró alzarse con la hegemonía mundial está unida al debate sobre el auge de Occidente iniciado por William H. McNeill con su trabajo seminal (1963). Entre los muchos puntos de vista planteados (Daly, 2015) encontramos los enfoques contraintuitivos. Estos son los que explican el triunfo de la civilización occidental de manera indirecta, es decir, la atención la dirigen a las causas que explican por qué otras civilizaciones y sociedades no alcanzaron una posición dominante en la política mundial. Así, por medio de las causas que explican el fracaso de China es explicado el éxito occidental. A continuación hacemos un breve repaso de estas aportaciones.

Entre los puntos de vista tecnológicos está la obra de Joseph Needham quien trata de averiguar el motivo del estancamiento chino en la innovación científica-tecnológica. Su conclusión es que la filosofía china fue el principal impedimento al desarrollo tecnológico (Needham, 1969).

En otro lugar encontramos a Wen-yuan Qian quien atribuye a motivos sociopolíticos las razones para que China no triunfase. Según su punto de vista no existían las condiciones sociales para la competición creativa y la crítica, sino que el propio sistema de pensamiento imperante obstaculizaba

esto, del mismo modo que el sistema político reprimía la innovación (Qian, 1985).

En una línea similar a la de Qian está la investigación de Derk Bodde, aunque desde una perspectiva cultural. Según su punto de vista China no despegó como civilización debido a diferentes factores culturales que se resumen en la influencia del pensamiento chino al no favorecer el cambio, con lo que no llegó a conceptualizarse el funcionamiento de la naturaleza de la misma manera que en Occidente (Bodde, 1991).

Una perspectiva científica es la de Nathan Sivin quien afirma que sí hubo una revolución científica en la China del s. XVII. El problema del fracaso chino radica en que no existió una ciencia que agrupase las diferentes ciencias como sucedió en Europa, a lo que se suma la ausencia de organizaciones que institucionalizasen el pensamiento científico (Sivin, 1982).

Un enfoque institucional es el de Toby Huff quien, junto a Sivin, reconoce la existencia de impedimentos sociales e institucionales para el desarrollo intelectual. Pero añadió el papel de la cultura al afirmar que esta es la causa del atraso chino (Huff, 1993).

Mark Elvin, en cambio, presenta un enfoque económico al afirmar que fue la eficacia de la economía tradicional china lo que impidió la mecanización o el desarrollo sistemático de mejoras tecnológicas al no existir alicientes para ello. Posteriormente, un cúmulo de factores de diferente índole precipitaron la decadencia china (Elvin, 1973).

Finalmente, encontramos las perspectivas geográficas. Este es el caso de Kent G. Deng al afirmar que las condiciones geográficas y socioeconómicas hicieron que la principal actividad fuese la agricultura, lo que a la postre impidió el posterior despegue chino (Deng, 1999). Mientras que Grame Lang



plantea que el atraso tecnológico chino fue debido a las características geográficas de China, lo que le lleva a recurrir a la teoría hidráulica del origen de los despotismos. Esto impidió la aparición de un contexto favorable para el desarrollo intelectual (Lang, 1997).

Otros autores que no plantean enfoques específicamente contraintuitivos también han hecho sus respectivas aportaciones a la hora de explicar los motivos del fracaso chino. Desde la perspectiva del sistema-mundo tenemos la obra de Wallerstein (1974), desde los enfoques tecnológicos está Joel Mokyr (1990), en la teoría de la dependencia tenemos a Gunder Frank (1998), mientras que entre las aproximaciones culturales está David Landes (1998), y en la categoría correspondiente a la teoría de la divergencia está el trabajo de Kenneth Pomeranz (2000).

A tenor de lo hasta ahora expuesto constatamos la ausencia de un enfoque específicamente geopolítico que responda a la pregunta que conduce nuestra investigación, esto es, ¿por qué China no consiguió alzarse con la supremacía mundial? Para responder a esta pregunta desarrollaremos en el siguiente apartado el marco teórico que desde la disciplina de las Relaciones Internacionales vamos a usar, así como la metodología que vamos a emplear. Tras esto formularemos nuestra hipótesis para, a continuación, exponer los resultados obtenidos.

2. El sistema internacional

El realismo estructural tiene sus antecedentes en la obra de Kenneth N. Waltz (1959) que establece tres niveles de análisis a los que llama primera, segunda y tercera imagen. Su aportación es fundamental al situar en la tercera imagen, la correspondiente al sistema internacional, la causa

explicativa de la guerra. De este modo fueron abandonados los enfoques reduccionistas basados en las características específicas del Estado para, por el contrario, adoptar una perspectiva estructural basada en la organización anárquica del medio internacional.

El comportamiento de los Estados en la arena internacional se explica a partir de las relaciones que establecen entre sí en un medio anárquico. La distribución desigual de capacidades entre países genera una jerarquía internacional que conforma la estructura de poder que organiza el sistema y que limita el comportamiento de las unidades. Dicha estructura es fruto de las interacciones entre Estados en la búsqueda de preservar su existencia, por lo que es una consecuencia no intencionada (Waltz, 1967).

El realismo estructural analiza las presiones que la estructura de poder internacional ejerce sobre las unidades políticas y cómo esto altera sus procesos internos e influye en las decisiones de la política exterior. Por tanto, el comportamiento del Estado varía de acuerdo con la estructura de poder internacional, e igualmente los resultados esperables varían a medida que los sistemas cambian. Todo esto conduce a la noción de equilibrio de poder, de manera que, cuando los equilibrios se rompen, estos se restablecen tarde o temprano por unos Estados contra otros. Esto es lo que nos permite hablar de diferentes sistemas internacionales (unipolares, bipolares o multipolares) en los que se generan los equilibrios de poder de forma distinta. En unos casos los Estados buscan restablecer el equilibrio a través del aumento de sus capacidades internas, pero en otras ocasiones lo hacen por medio de diferentes alianzas. Así, el equilibrio de poder es un resultado espontáneo de las interacciones de los Estados, aunque Waltz no excluye que también pueda ser producido por políticas deliberadas de estos (Waltz,



2000: 29).

Sin embargo, el realismo estructural tiene importantes limitaciones que han sido señaladas por los autores del realismo neoclásico. Así, los autores de esta corriente combinan factores que pertenecen a niveles de análisis de la primera y de la segunda imagen para explicar la política exterior. Estas son las variables intervinientes que pertenecen al nivel doméstico y que filtran la influencia de las variables sistémicas del entorno internacional. De esta forma el realismo neoclásico explica la política exterior del Estado a través de la interacción que se da entre los estímulos externos y las variables del nivel doméstico (Ripsman, Taliaferro & Lobell, 2016).

A pesar de la importante aportación del realismo neoclásico, esta teoría no tiene en cuenta el modo en el que las presiones exteriores moldean la esfera doméstica del Estado, y de cómo esto, a su vez, influye en su comportamiento internacional. En este sentido el realismo neoclásico mantiene la tajante separación entre las esferas doméstica e internacional que es inherente a las teorías realistas, y que las presenta como una suerte de compartimentos estancos. Aunque existen algunas aproximaciones que analizan esa interrelación entre medio exterior y esfera doméstica (Gourevitch, 1978), lo cierto es que no hay ninguna aportación que lo haga desde una perspectiva espacial. Esto es lo que nos conduce al papel de la geopolítica, no sin antes hacer algunas observaciones adicionales sobre el realismo estructural.

La teoría de Waltz no deja de reflejar la experiencia europea en la formación de un sistema internacional basado en una organización anárquica y en el equilibrio de poder. La existencia de múltiples Estados que coexisten en un entorno en el que se tratan como iguales constituye el resultado de una serie de circunstancias históricas y geopolíticas muy concretas en Occidente. Sin embargo, el realismo

estructural no es capaz de explicar los órdenes imperiales en la medida en que ha sido diseñado para explicar el comportamiento internacional de los Estados en un contexto de anarquía. En lo que a esto respecta, el realismo de Waltz manifiesta una carencia importante en su base teórica. Esta es la de no constatar que para que exista un sistema internacional anárquico es necesario, como requisito previo, la existencia de la suficiente fragmentación geopolítica en una determinada área como para permitir la coexistencia de las unidades a través de su mutuo reconocimiento como iguales. A esto cabe añadir que el realismo estructural tampoco tiene en cuenta el carácter contingente del Estado, y que su constitución interna está sujeta a diferentes transformaciones a lo largo de la historia.

Nuestra hipótesis es que en China imperó un orden imperial en el que la ausencia de fragmentación geopolítica eliminó los estímulos externos necesarios para impulsar cambios internos en el plano tecnológico, político, económico y militar, lo que dejó a este país en una situación de desventaja frente a las potencias occidentales.

3. El enfoque geopolítico

No existe una definición única de geopolítica, sino que, por el contrario, hay diferentes maneras de entenderla (Mamadouh, 1998). Por este motivo nos vemos obligados a hablar de geopolíticas en plural. Sin embargo, nada de esto niega que el objeto de estudio de la geopolítica sea el modo en el que los fenómenos políticos se desenvuelven en el medio geográfico, y cómo esto afecta a la organización del espacio (Kristof, 1960).

Si la geopolítica crítica considera que la geopolítica es un conjunto de prácticas discursivas (Ó Tuathail & Agnew, 1992; Agnew & Corbridge, 1995), en esta investigación, en cambio, la entendemos



como un conjunto de prácticas que están presentes en la guerra, la política (internacional y doméstica) y la diplomacia que se manifiestan en la organización del espacio. Estas prácticas son una suerte de códigos geopolíticos que definen una lógica específica que está presente en la alta política (Taylor, 1988).

Lo anterior nos conduce a la noción de espacio en la medida en que este constituye una construcción social al no existir procesos puramente espaciales que precedan, influyan o determinen los procesos sociales y políticos que se desarrollan sobre ellos (Cairo, 1993). El espacio, tal y como Henri Lefebvre explica, implica, contiene y disimula las relaciones sociales. Al mismo tiempo refleja las relaciones de poder debido a que son el resultado de superestructuras sociales como el Estado (Lefebvre, 2013). Por tanto, el espacio es adaptado a las necesidades de estas estructuras, lo que hace que su organización sea la cristalización de esas relaciones de poder que le dan forma. Como consecuencia de esto se producen sucesivas reorganizaciones del espacio, tanto a nivel interno como a nivel internacional al ser el resultado de las interacciones entre Estados.

En la medida en que la fragmentación geopolítica hace posible un sistema internacional anárquico, las presiones derivadas de la estructura de poder internacional repercuten en la organización del espacio interno de las unidades, lo que en ocasiones implica la transformación de su constitución interna. Se trata de procesos que obedecen a estímulos exteriores ante la necesidad de una creciente movilización de los recursos disponibles para aumentar las capacidades propias con las que hacer frente a los desafíos externos. En ocasiones esto tiene su repercusión en el nivel del sistema con su reorganización. Este es el caso de Europa, donde la proliferación de los Estados territoriales y soberanos condujo a la creación de un sistema internacional anárquico (Spruyt, 1996).

La fragmentación geopolítica desempeña

un papel importante como variable explicativa de la organización anárquica del sistema internacional, pero también de los estímulos que operan a través de las unidades en la transformación de su espacio interno y, por extensión, en el espacio internacional. En cualquier caso esta fragmentación conlleva un contexto de competición, hostilidad y desconfianza mutuas que impulsan los cambios a nivel doméstico e internacional en la organización del espacio y que tiene numerosos efectos en distintos ámbitos. Cabe añadir que la ausencia de estímulos externos tiene, también, muchos efectos en multitud de ámbitos, como tendremos oportunidad de comprobar.

4. El orden imperial chino

En el año 221 a. C. desapareció el sistema internacional de Estados que hasta entonces había imperado en el extremo oriente. La unificación del territorio que antes había estado ocupado por diferentes unidades políticas dio lugar a la aparición de una entidad imperial que, salvo intermitentes interrupciones internas, perduró hasta el s. XX. Hasta entonces había imperado el llamado *Zhongguo*, término que hace referencia a los Estados centrales de la antigua China (Chen, 1941; Loewe, 1999), y cuya organización era semejante a la del sistema de Estados europeo (Walker, 1953).

La aparición del imperio fue posible en la medida en que el grado de fragmentación geopolítica no fue elevado, o al menos no se mantuvo el tiempo suficiente. En lo que a esto respecta cabe constatar que se tiene constancia de que en la China clásica existían 1.773 Estados independientes (Muller, 1885), pero lo cierto es que únicamente se conoce el nombre de 148 de estos (Hsu, 1999). Esto quiere decir que la fragmentación inicial no logró consolidarse y que fue rápidamente laminada por una serie de Estados poderosos que absorbieron a los más débiles. El



resultado fue un escenario dominado por un grupo reducido de grandes potencias que rivalizaron entre sí por la hegemonía, y con los que convivieron otros Estados de menor entidad.

Las razones que explican la desaparición del sistema de Estados en la antigua China exceden los límites de esta investigación, y en gran medida ya han sido aclarados en otra parte (Hui, 2011). En cualquier caso cabe decir que el bajo nivel de fragmentación geopolítica, junto a una serie de guerras y de estrategias que permitieron subvertir las alianzas que habían mantenido el equilibrio de poder, permitió que un único Estado, Qin, lograra imponerse a todos los demás y que estableciera el imperio.

Así pues, la formación de un orden imperial significó en el terreno internacional la eliminación de la competición y de los estímulos exteriores necesarios para la transformación de la constitución interna del Estado y, por tanto, la reorganización del espacio para una creciente movilización de los recursos disponibles. En el ámbito de la seguridad cambiaron las prioridades completamente, pues desde entonces las principales amenazas ya no eran otros Estados con capacidades semejantes sino que, por el contrario, fueron los pueblos nómadas de la estepa debido a su carácter políticamente disruptivo para el imperio.

La desaparición de una multitud de Estados conllevó, también, la eliminación de las Cien escuelas del pensamiento del periodo de los Reinos combatientes. Entre el s. VI y el año 221 a. C. se produjo un florecimiento cultural e intelectual en China gracias al que proliferaron una gran cantidad de ideas diferentes que fueron desarrolladas y debatidas debido a la existencia de eruditos itinerantes. Estos eruditos eran contratados como consejeros por los gobernantes y era habitual que fuesen de una corte a otra prestando sus servicios (Qian, 1971). Cuando fue establecido el imperio se adoptó una política

dirigida a quemar todos los libros excepto los registros de la corte Qin, los de medicina y los de agricultura, al mismo tiempo que se inició la persecución de los eruditos que mostraban dudas hacia las políticas del emperador (De Bary, 1998). El resultado de este tipo de prácticas fue el establecimiento del monolitismo ideológico y el subsiguiente estancamiento cultural e intelectual.

En la medida en que fue implantado un único centro intelectual y cultural encargado de la administración del conocimiento, y que los puntos de vista discrepantes fueron perseguidos, al mismo tiempo que quienes los sostenían no tenían a donde huir, se desvaneció cualquier debate. En su lugar imperó un sistema de pensamiento cerrado que tenía como finalidad el servicio y mantenimiento del poder, y al mismo tiempo imposibilitó la emergencia de una racionalidad basada en la confrontación y contrastación de diferentes puntos de vista. De esta forma el régimen de verdad impuesto por las autoridades imperiales, el confucianismo, reprimía el libre pensamiento, mientras que el sistema educativo, con todas sus academias, cumplía la función de formar futuros funcionarios del Estado (Blunden & Elvin, 1983; Lang, 1997). Así se explica que en China nunca existiese, a diferencia de Europa occidental, una red de universidades, pues la disidencia y la crítica al discurso hegemónico era severamente castigada, lo que indudablemente contribuyó a sumir al país en el atraso al impedir la innovación (Qian, 1985).

La elevada concentración del poder en el ámbito internacional con la instauración del imperio no sólo tuvo consecuencias en el plano ideológico y en la producción de conocimiento, sino que también repercutió en las relaciones entre el poder secular y la autoridad espiritual. En este sentido cabe señalar que China, a diferencia de Europa, donde existían un emperador y un Papa que rivalizaban entre ellos



por la supremacía sobre la cristiandad, se produjo una fusión completa entre el Estado y la religión. La figura del emperador desempeñó un papel central en todo esto al no ser únicamente un dirigente político, sino también un concepto metafísico. El emperador no solo era el soberano supremo de la humanidad, sino que su condición de *Hijo del Cielo* le convertía en el eje de la *Gran Armonía* al ser el intermediario simbólico entre el cielo, la tierra y la humanidad (Kissinger, 2012).

La experiencia europea, por el contrario, nos muestra que las disputas entre el Papa y el emperador contribuyeron a mantener la fragmentación geopolítica y a debilitar sus respectivas instituciones. Al mismo tiempo las monarquías reforzaron su posición política gracias a las concesiones que obtuvieron del Papa y del emperador en el marco de los conflictos que mantuvieron (Spruyt, 1996). Esto hizo que el contexto político europeo estuviese marcado por las rivalidades, la competición y los conflictos, lo que incentivó los cambios internos en la organización del espacio que posteriormente condujeron a la creación del Estado territorial y soberano, así como a las revoluciones militares gracias a las que las potencias europeas lograron la superioridad estratégica frente a las potencias no occidentales (Parker, 1990). Por el contrario, el imperio chino careció de los estímulos precisos para desencadenar cambios sustanciales en la forma de preparar y hacer la guerra, lo que se debió a la eliminación de Estados rivales. Asimismo, la principal amenaza de seguridad para el imperio eran los pueblos nómadas del norte, cuya forma de hacer la guerra no respondía a los estándares de los Estados centralizados de la época.

Por otro lado nos encontramos con que en China no existió una red de ciudades autónomas en torno a la que se desarrolló el comercio. Por el contrario, comprobamos que las ciudades fueron principalmente centros político-militares del poder

imperial, y que carecieron de autonomía como ocurría en Europa. Asimismo, la actividad comercial estaba penalizada en la medida en que el imperio adoptó una política predatoria con los comerciantes, quienes no tenían a donde huir para desarrollar su actividad como, sin embargo, sí ocurría en Europa debido a la fragmentación geopolítica.

El carácter agrícola del imperio desincentivó el desarrollo comercial de su economía al ser la tierra la principal fuente de ingresos. Pero a esto hay que sumar que los factores geográficos también influyeron pues, a diferencia de Europa occidental, China no dispone de un litoral tan recortado y con tantos kilómetros, lo que supone unas condiciones de partida menos favorables para el trasiego comercial (Cosandey, 1997). Además de esto es importante tener en cuenta la escasa experiencia naval, lo que impidió que China contase con una flota mercante semejante a las de las potencias occidentales. Y cuando tuvo la oportunidad de crearla, especialmente durante las expediciones marítimas del almirante Zheng He, fue abortado cualquier intento a partir de 1424.

5. El imperio chino frente a las potencias occidentales

En este apartado queremos abordar los factores geopolíticos relativos a la organización del espacio para comprobar cómo afectaron al desarrollo tecnológico-militar y político del imperio chino, todo ello con el propósito de aclarar las razones por las que, a diferencia de Occidente, este país no se alzó con la supremacía mundial.

Uno de los principales inconvenientes generados por la ausencia de fragmentación geopolítica es que el imperio vio cómo su desarrollo tecnológico-militar, pero también político, se ralentizó considerablemente, pues no tenía rivales a los que enfrentarse. Por el contrario, como fue indicado



antes, su principal amenaza provenía de los pueblos nómadas que, por el contrario, no se organizaban en estructuras estatales tradicionales.

Entre 1450 y 1550 China participó en un menor número de guerras que en otras épocas, lo que en la práctica fueron acciones policiales contra enemigos menores, circunstancia que redundó en un menor ímpetu para la innovación (Andrade, 2017). Esto es lo habitual cuando un Estado no se involucra en guerras, lo que genera un descenso de la innovación, al mismo tiempo que esto repercute en las habilidades de los mandos y de la tropa a la hora de librar batallas. La guerra constituye un estímulo para formar ejércitos al ganar experiencia e impulsar el desarrollo de la tecnología militar. El caso de Inglaterra entre 1485 y 1585 constata esto, pues en este periodo disfrutó de 77 años de paz, lo que abocó a una decadencia militar que solo fue revertida posteriormente en el reinado de Isabel I (Cruickshank, 1969; Eltis, 1998).

La ausencia de amenazas inminentes a la existencia del Estado, unido a la consolidación de la dinastía Ming en la esfera doméstica, hizo que desapareciese el patrón de desarrollo basado en la dinámica de desafío-respuesta (Parker, 2008). La consecuencia de esto fue el desincentivo de la innovación y de la inversión militar, todo lo contrario a lo que ocurría en el s. XVI en Europa occidental, donde la elevada fragmentación geopolítica impulsó la competición y aceleró la innovación militar a través de numerosas guerras. En la medida en que China disfrutó de un escenario geopolítico tranquilo se produjo un atraso militar respecto a las potencias europeas que, ya a finales del s. XV, habían conseguido importantes desarrollos tecnológicos en la artillería.

China logró restablecer cierto equilibrio en la guerra terrestre durante el s. XVII, pero en la guerra naval la superioridad occidental era muy evidente.

Así, la difusión de la tecnología occidental permitió crear un equilibrio militar entre China y Occidente. De hecho, el imperio chino hizo notables esfuerzos para lograr la transferencia tecnológica y autofortalecerse (Yi-Long, 2001). Sin embargo, Occidente se expandió mundialmente a través de los mares en los que, gracias a la superioridad alcanzada, logró controlar las principales rutas transoceánicas por las que discurrió el comercio mundial. Por el contrario, China carecía de una tradición naval semejante a la del mundo occidental, y tampoco fueron comprendidas las potencialidades de la guerra marítima que adoptaron las potencias europeas con la introducción de la artillería en los barcos, así como con la mejora de las técnicas de navegación. Como consecuencia de esto la desventaja naval china no dejó de crecer con el paso del tiempo, lo que también repercutió en la innovación.

La ausencia de estímulos exteriores que indujesen cambios tecnológicos en lo militar también repercutió en la organización del espacio del imperio. Esto también se tradujo en un atraso político respecto a los métodos de gobierno introducidos por las potencias occidentales. Al fin y al cabo no debe olvidarse que las transformaciones en el modo de hacer la guerra estuvieron acompañadas de cambios importantes en el ámbito político, de forma que las revoluciones militares en Europa conllevaron modificaciones decisivas en las estructuras políticas de los Estados (Roberts, 1956; Parker, 1990; Tilly, 1992).

La política del imperio estuvo orientada a mantener la cohesión del Estado, pues el principal desafío al que tuvo que hacer frente a lo largo de la historia fue, por un lado, la inestabilidad interna en la forma de rebeliones que en ocasiones desembocaban en la desintegración territorial y, por otro lado, las amenazas de los nómadas en las fronteras septentrionales. Por este motivo el imperio no encontró



una razón suficiente para impulsar algún proceso de autotransformación activa que conllevarse el cambio de sus estructuras internas en la organización del espacio. Este escenario era el opuesto al de Europa occidental donde la fragmentación geopolítica se tradujo en guerras y, a su vez, en constantes desafíos que indujeron cambios en la constitución interna de los Estados para una movilización creciente de recursos con los que hacer frente a conflictos bélicos más caros y destructivos.

El imperio chino era una estructura política despótica que hacía uso de unos elevados niveles de violencia en el gobierno de su población. Su principal instrumento de dominación era la burocracia que se ocupó de organizar el espacio en diferentes provincias donde los funcionarios imperiales, organizados en una compleja jerarquía, impidieron que aparecieran y crecieran ciudades poderosas e independientes que pudieran rivalizar con el centro político radicado en Pekín. Asimismo, las ciudades importantes de la periferia no fueron otra cosa que centros militares y administrativos mediante los que el poder imperial era ejercido (Hall, 1988).

En general, el imperio mantuvo una política hostil hacia el comercio debido a que esto podía desembocar en el desarrollo de unos intereses diferentes a los de las autoridades políticas allí donde esta actividad se concentrase. De hecho, las élites estatales desconfiaban profundamente del comercio, y en la práctica los altos funcionarios eran quienes controlaban los flujos comerciales en su propio provecho personal a través de la corrupción y los monopolios (Spence, 2011). Esto explica que en China predominase una economía de mandato en la que la principal fuente de riqueza era la agricultura de la que el Estado extraía sus rentas (Huang, 1974). El problema del modelo político imperial en este contexto económico agrícola es que la mayor parte

de los ingresos del Estado quedaban en manos de los burócratas locales de la periferia, a lo que hay que sumar que el coste político de movilizar recursos en un sistema de mandato son elevados debido a la propia organización del espacio. Todo esto difiere de la experiencia europea donde los Estados, por el contrario, disponían de un sistema de mercado al mismo tiempo que la élite dirigente contaba con el apoyo de las oligarquías urbanas y de los notables locales. Asimismo, los soberanos europeos debían llegar a acuerdos con los potentados del país a la hora de reunir recursos para sus campañas militares, lo que les hacía acudir a las cámaras de representación donde establecían negociaciones (Ertman, 1997).

En China, por tanto, no se produjo la confluencia de intereses militares y comerciales como ocurrió en Europa. No hubo, entonces, mercantilismo, pues las ganancias de los mercaderes eran confiscadas, lo que en última instancia impidió la expansión industrial, comercial y militar. Todo ello obedecía, como decimos, al temor de las élites imperiales a que emergieran poderes locales que rivalizaran con la autoridad central. Esto refleja que la organización del espacio obedeció a un principio centralizador en función del cual lo prioritario era afirmar la supremacía del emperador. Inevitablemente esto conllevaba unos costes políticos en la movilización de recursos. Prueba de esto es la retención que los burócratas de las provincias hicieron de las rentas del Estado, de modo que los recursos que la hacienda imperial recibía eran menores. A esto cabe añadir, además, otros problemas de corrupción ligados al carácter agrícola de los tributos recaudados y a la ausencia de una economía comercial.

La economía agrícola china y el sistema de mandato fueron sumamente lesivos para la hacienda imperial. Una muestra de esto es que en el s. XVIII tanto Francia como Gran Bretaña recaudaban por



separado más impuestos que el imperio chino. Así, China recaudaba hacia 1776 aproximadamente 7,03 gramos de plata per cápita en sus impuestos anuales en aquellas regiones controladas por el gobierno, lo que representaba en torno al 87% de los impuestos que controlaban las autoridades de Pekín. Sin embargo, en Inglaterra, en la misma época, eran recaudados 180,06 gramos de plata, mientras que en Francia la cantidad ascendía a los 61,11 gramos (Huang, 1998; Myers & Wang, 2002; Sng, 2014; Hoffman, 1994; Dincecco, 2009; Wringley, Schofield, Lee & Oeppen, 1989; Hoffman, 2016). Pero esto no es todo, pues las diferencias poblacionales muestran la verdadera dimensión de esa dispar capacidad de movilización de recursos entre China y las potencias occidentales. Así, la población de China en 1776 era aproximadamente 259 millones de habitantes, mientras que en Francia e Inglaterra eran la décima parte de la que tenía China. Asimismo, el tamaño de la economía china era 7 veces más grande que la de Gran Bretaña y, sin embargo, esta última recaudaba 25 veces más impuestos (Maddison, 2006).

El poder infraestructural del imperio chino, es decir, su capacidad para penetrar en la sociedad y tener acceso a los recursos que existían a nivel local, era mucho menor en comparación con los Estados modernos occidentales, lo que se explica por las diferentes trayectorias políticas e históricas derivadas de contextos geopolíticos muy diferentes. China no se vio inmersa en una serie de guerras contra otros Estados similares en cuanto a capacidades internas, sino que durante la época de los Ming ejerció una hegemonía abrumadora en su entorno que hizo que la única amenaza relevante fueran los pueblos nómadas que, por lo demás, tenían un modo muy diferente de hacer la guerra en comparación con los Estados convencionales del extremo oriente. Esta

situación implicaba la ausencia de estímulos y, por tanto, la inexistencia de desafíos que impulsasen cambios en la constitución interna del imperio con la reorganización del espacio geográfico. El orden imperial reinante generó un estancamiento político, pero también militar debido a la ausencia de procesos de innovación semejantes a las carreras de armamentos en Europa y sus correspondientes revoluciones militares.

El Estado imperial chino disponía de una voluminosa estructura organizativa, pero encontraba serias dificultades a la hora de recaudar impuestos debido a que la burocracia a nivel local era débil o corrupta a causa de la interpenetración entre funcionarios y terratenientes. Esto explica que los intentos de elaborar un catastro de la propiedad para recaudar tributos fueran un fracaso en la mayoría de las ocasiones (Spence, 2011). Por este motivo el Estado contaba con una cantidad inferior de ingresos para la guerra en comparación con las potencias europeas, algo que indudablemente, unido a los factores geopolíticos ya señalados, entorpeció la innovación militar.

A pesar de que hubo emperadores reformadores que intentaron subsanar algunos de los problemas que arrastraba la estructura burocrática, su éxito fue bastante desigual en función del lugar en el que las reformas fueron aplicadas. La finalidad de estas reformas era ahondar el proceso centralizador dirigido a aumentar el control sobre la periferia, lo que significaba una supervisión directa sobre estas regiones y un control más estrecho sobre el funcionariado local. Sin embargo, diferentes circunstancias impidieron que estas reformas tuvieran éxito. Así, por ejemplo, la distancia geográfica entre el centro político y las provincias más periféricas constituía un importante obstáculo para establecer



un control efectivo sobre estas zonas. Pero a esto hay que añadir las difíciles comunicaciones, la lentitud del transporte, y la consolidación del poder de terratenientes locales que tenían buenas conexiones con la burocracia, lo que en muchas ocasiones estuvo relacionado con la proliferación de la corrupción. Este cúmulo de factores dificultó la movilización efectiva de los recursos disponibles, lo que supuso un perjuicio para la hacienda imperial que también afectó a las capacidades militares chinas.

Asimismo, el carácter agrícola de la economía y el sistema de mandato que llevaba aparejado, hizo que los costes de financiación del Estado fueran superiores a los de las potencias occidentales. No solo estaba la dificultad de tasar la riqueza a nivel local para movilizar los recursos, sino que el propio Estado se encontraba frente a una limitación material y objetiva que era la de su propia estructura organizativa. Si el imperio hubiera intentado aumentar su presión fiscal con los medios organizativos de los que disponía no lo hubiera conseguido, pues no eran aptos, a lo que hay que añadir que carecía de las infraestructuras adecuadas. Además de esto, las autoridades imperiales se habrían encontrado con la oposición de amplios sectores de la población, tanto entre terratenientes y funcionarios de las provincias como entre el campesinado. No hay que olvidar que las élites locales podían desviar con relativa facilidad los ingresos estatales y utilizarlos en su propio beneficio personal (Huang, 1970, 1998; Sng, 2014; Hoffman, 2016).

Entre 1760 y 1839 se produjo una situación de paz relativa en la que China se sumió en el estancamiento y en la consecuente ralentización de la innovación. La ausencia de amenazas externas se combinó con una situación interior en la que las rebeliones fueron fácilmente sofocadas en comparación con periodos previos. El efecto que esto

tuvo fue la atrofia de los ejércitos chinos (Andrade, 2017). Este periodo fue decisivo ya que coincidió con la revolución industrial y las guerras napoleónicas en Europa, lo que provocó que el ritmo de innovación militar fuese mucho más rápido en esta región, y que las potencias europeas desarrollasen un poderío militar, político y económico mayor que el de China. Esto explica que la creciente presencia occidental en Asia oriental no encontrase la resistencia suficiente como para repelerla, pues ya para entonces los europeos contaban con unos medios de guerra notablemente superiores como los buques de acero impulsados por el vapor, además de una nueva y potente artillería capaz de someter a los enemigos orientales.

De este modo la situación de paz internacional y relativa calma social interna que duró aproximadamente 80 años produjo una importante brecha tecnológica con Occidente. Esta brecha se hizo todavía más grande en el transcurso del s. XIX, muy especialmente durante las guerras del opio. La razón de esto ya ha sido comentada antes, y es que los prolongados periodos de paz perjudican el aprendizaje y no generan incentivos para la innovación tecnológica militar. Pero además de esto debemos referirnos a la ruptura de la transmisión del conocimiento y de las innovaciones, algo que, por cierto, ha sido relativamente frecuente en la historia de China. Un ejemplo de esto es el caso de Koxinga y su padre, señores de la guerra que aprendieron las tácticas de asedio para asaltar las fortificaciones europeas en Asia oriental. Cuando estos hombres desaparecieron los chinos no volvieron a desalojar a los europeos de sus fortalezas (Hoffman, 2016; Andrade, 2011; Sun, 2013).

Indudablemente la organización imperial del espacio tiene sus consecuencias en el terreno de la cultura y de las ideas. Esto es un aspecto que debe



ser tenido en cuenta en la medida en que China no dispuso de una sociedad pluralista sino que, por el contrario, las autoridades imperiales impusieron su propia ideología oficial. Este rasgo tan típico en todos los imperios (Wesson, 1967) no hizo sino obstaculizar, y en última instancia impedir, la innovación en el plano político con la introducción de nuevos métodos de gobierno con los que reorganizar el espacio geográfico del imperio, así como la innovación en el terreno militar. El sistema de pensamiento dominante, junto al sistema educativo chino que lo socializaba, estaba diseñado para mantener el orden establecido y castigar cualquier disidencia que pudiera conllevar una amenaza para el orden constituido. El efecto de todo esto era impedir la transferencia de conocimiento y tecnología, además de la adopción de innovaciones al no disponer del conocimiento ni del personal necesarios, todo lo cual ahondó el atraso tecnológico de China. Esto se combinó, asimismo, con la arrogancia de la élite imperial al asumir una supuesta superioridad cultural que convertía a China en la sociedad ideal cuyo modelo debía ser imitado por todas las demás sociedades, lo que simultáneamente creaba una predisposición negativa a cualquier influencia extranjera, algo que inevitablemente afectó al atraso tecnológico en el que este país quedó sumido.

6. Conclusiones

A tenor de todo lo hasta ahora expuesto cabe concluir que las causas que explican que China no alcanzase la supremacía mundial, y que no fuese capaz de resistir con éxito la expansión occidental, son de marcado carácter geopolítico. En lo que a esto se refiere no solo nos encontramos con las condiciones geográficas específicas de Asia oriental, y más concretamente el tamaño de dimensiones

continentales del imperio chino. Por el contrario, el modo de organizar el espacio geográfico junto a las condiciones del medio internacional constituyen elementos explicativos de primer orden.

En la medida en que la unificación de China en el 221 a. C. implicó la eliminación de la fragmentación geopolítica en el área de Asia oriental, el orden imperial resultante suprimió los estímulos externos al desaparecer las amenazas de otros Estados. Esto estaba unido a la idea de imperio, lo que conlleva la aspiración a establecer un gobierno universal. El orden imperial establecido buscó su propia perpetuación, pues las constricciones materiales y geográficas limitaron su ámbito de influencia a la región del extremo oriente, zona geográfica a la que se vieron circunscritas sus aspiraciones universales. La consecuencia de esto fue el establecimiento de un sistema de pensamiento único, al servicio del poder imperial, y la eliminación de cualquier crítica y disenso, además de la persecución de quienes osaban cuestionar el orden constituido y que, a diferencia de otras regiones geopolíticamente fragmentadas, no tenían a donde huir.

El estancamiento cultural e intelectual, entonces, acompañó al contexto internacional propio de un orden imperial en el que la China unificada ejerció una dominación indiscutible sobre la región. La única amenaza importante para su seguridad, los pueblos nómadas, no constituyó un estímulo lo suficientemente intenso como para propiciar la reorganización del espacio interno del país y una transformación de sus estructuras internas. La centralización política alcanzó importantes limitaciones en los propios medios organizativos con los que contaba el imperio, lo que conllevó una merma en su capacidad para movilizar los recursos disponibles. El hecho de que China disfrutase de una situación de paz internacional desincentivó el desarrollo de su



poder militar, así como la innovación. Esta tendencia fue agudizada por el propio estancamiento cultural al no existir una sociedad pluralista ni permitir la difusión de ideas distintas a las oficiales. Inevitablemente todo esto repercutió en un atraso tecnológico en el ámbito militar y económico que estaba, como decimos, unido a la situación de anquilosamiento cultural y de rechazo a cualquier innovación política.

Todo lo anterior contrasta con la situación de Europa occidental en la que predominaba una elevada fragmentación geopolítica, y donde el comercio no fue penalizado sino que se desarrolló a través de una red urbana cuyas ciudades disfrutaban de una elevada autonomía política, algo que no existía en China. En este sentido la economía agrícola china respondía a una finalidad política que no era otra que la de mantener la unidad territorial del imperio, pues el desarrollo comercial podía dar lugar a intereses distintos a los del Estado y propiciar su desmembración territorial. Sin embargo, esto repercutió a largo plazo en un descenso de los ingresos fiscales unido a una estructura burocrática corrupta e ineficaz. El hecho de que China no tuviese que enfrentarse a otros Estados que pudieran representar una amenaza seria para su seguridad no favoreció cambios en su organización interna. Esto hizo que China no sólo extrayese menos recursos, sino que también tuviese menos medios materiales para el gasto militar, algo que repercutió en su atraso tecnológico.

La competición internacional entre potencias europeas, con las correspondientes revoluciones militares y las subsiguientes transformaciones políticas internas que condujeron a la aparición del Estado territorial y soberano, dotaron a Occidente de los medios de coerción necesarios para alcanzar la supremacía mundial. Pero nada de esto hubiera sido posible sin la elevada fragmentación geopolítica europea (Tilly, 1975; Hale, 1998), lo que

creó un escenario de permanentes rivalidades que desencadenaron multitud de conflictos bélicos y carreras de armamentos. Asimismo, Europa contaba, gracias a esa fragmentación, con una comunidad de eruditos transnacional ligada a la red de universidades que se había gestado en torno a las ciudades, lo que favoreció el intercambio de ideas, experiencias y conocimiento que sentó las bases para una sociedad pluralista basada en el debate, el razonamiento y la argumentación. La materia gris hizo una aportación sustancial al despegue de Occidente, del mismo modo que la ausencia de algo semejante en el imperio chino simplemente contribuyó a su paulatino declive (Lang, 1997).

Referencias bibliográficas

- AGNEW, John & CORBRIDGE, Stuart (1995). *Mastering Space. Hegemony, Territory and International Political Economy*. Londres: Routledge.
- ANDRADE, Tonio (2017). *La edad de la pólvora*. Barcelona: Crítica.
- ANDRADE, Tonio (2012). *Lost Colony: The Untold Story of China's First Great Victory over the West*. Princeton: Princeton University Press.
- BLUNDEN, Caroline & ELVIN, Mark (1983). *Cultural Atlas of China*. Nueva York: Facts on File.
- BODDE, Derk (1991). *Chinese Thought, Society, and Science: The Intellectual and Social Background of Science and Technology in Pre-modern China*. Honolulu: University of Hawaii Press.
- CAIRO CAROU, Heriberto (1993). *Elementos para una geopolítica crítica de la guerra y la paz: la construcción social del conflicto territorial argentino-británico*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid (tesis doctoral).
- CHEN, Shih-Tsai (1941). "The Equality of States in



- Ancient China". En: *The American Journal of International Law*, Vol. 35, Nro. 4, pp. 641-650.
- COSANDEY, David (1997). *Le secret de l'Occident: Du miracle passé au marasme présent*. París: Arléa.
- CRUICKSHANK, Charles G. (1969). *Army Royal: Henry VIII's Invasion of France, 1513*. Oxford: Clarendon Press.
- DALY, Jonathan (2015). *Historians Debate the Rise of the West*. Abingdon: Routledge.
- DE BARY, William T. (1998). *Asian Values and Human Rights: A Confucian Communitarian Perspective*. Cambridge: Harvard University Press.
- DENG, Kent G. (1999). *The Premodern Chinese Economy Structural Equilibrium and Capitalist Sterility*. Londres: Routledge.
- DINCECCO, Mark (2009). "Fiscal Centralization, Limited Government, and Public Revenues in Europe, 1650-1913". En: *Journal of Economic History*, Vol. 69, Nro. 1, pp. 48-103.
- ELTIS, David (1998). *The Military Revolution in Sixteenth-Century Europe*. Nueva York: Barnes & Noble.
- ELVIN, Mark (1973). *The Pattern of the Chinese Past*. Londres: Eyre Methuen.
- ERTMAN, Thomas (1997). *Birth of the Leviathan: Building States and Regimes in Medieval and Early Modern Europe*. Nueva York: Cambridge University Press.
- FRANK, Andre Gunder (1998). *Reorient: Global Economy in the Asian Age*. Berkeley: University of California Press.
- GOUREVITCH, Peter (1978). "The Second Image Reversed: The International Sources of Domestic Politics". En: *International Organization*, Vol. 32, Nro. 4, pp. 881-912.
- HALE, John R. (1998). *War and Society in Renaissance Europe 1450-1620*. Guernsey: Sutton.
- HALL, John A. (1988). *Poderes y libertades*. Barcelona: Ediciones Península.
- HOFFMAN, Philip T. (2016). *¿Por qué Europa conquistó el Mundo?* Barcelona: Crítica.
- HOFFMAN, Philip T. (1994). "Early Modern France, 1450-1700". En: HOFFMAN, Philip T. & NORBERG, Kathryn (Eds.). *Fiscal Crises, Liberty, and Representative Government, 1450-1789*. Stanford: Stanford University Press, pp. 226-252.
- HSU, Cho-yun (1999). "The Spring and Autumn Period". En: LOEWE, Michael & SHAUGHNESSY, Edward L. (Eds.). *The Cambridge History of Ancient China: From the Origins of Civilization to 221 B.C.* Cambridge: Cambridge University Press, pp. 545-586.
- HUANG, Ray (1998). "The Ming Fiscal Administration". En: MOTE, Frederick W. & TWITCHERTT, Denis C. (Eds.). *The Cambridge History of China*. Cambridge: Cambridge University Press, Vol. 8, pp. 106-171.
- HUANG, Ray (1974). *Taxation and Governmental Finance in Sixteenth-Century Ming China*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HUANG, Ray (1970). "Military Expenditures in Sixteenth Century Ming China". En: *Oriens Extremus*, Vol. 17, Nro. 1/2, pp. 38-62.
- HUFF, Toby F. (1993). *The Rise of Early Modern Science: Islam, China, and the West*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HUI, Victoria T. (2011). *War and State Formation in Ancient China and Early Modern Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- KISSINGER, Henry (2012). *China*. Barcelona: Debate.
- KRISTOF, Ladis K. D. (1960). "The Origins and Evolution of Geopolitics". En: *The Journal of Conflict Resolution*, Vol. 4, Nro. 1, pp. 15-51.
- LANDES, David (1998). *The Wealth and Poverty of*



- Nations: Why Some Are So Rich and Some So Poor*. Nueva York: W. W. Norton.
- LANG, Grame (1997). "Structural Factors in the Origins of Modern Science: A comparison of China and Europe". En: ZEPETNEK, Steven T. de & JAY, Jennifer (Eds). *East Asian Cultural and Historical Perspectives*. Edmonton: University of Alberta, pp. 71-96.
- LEFEBVRE, Henri (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- LOEWE, Michael (1999). "The Heritage Left to the Empires". En: LOEWE, Michael & SHAUGHNESSY, Edward L. (Eds.). *The Cambridge History of Ancient China: From the Origins of Civilization to 221 B.C.* Cambridge: Cambridge University Press, pp. 967-1032.
- MADDISON, Angus (2006). *The World Economy: A Millennial Perspective*. París: Organisation for Economic Co-operation and Development.
- MAMADOUH, Virgine D. (1998). "Geopolitics in the Nineties: One Flag, Many Meanings". En: *GeoJournal*, Vol. 46, Nro. 4, pp. 237-253.
- MCNEILL, William H. (1963). *The Rise of the West: A History of the Human Community*. Chicago: University of Chicago Press.
- MOKYR, Joel (1990). *The Lever of Riches: Technological Creativity and Economic Progress*. Nueva York: Oxford University Press.
- MULLER, Max (Ed.) (1885). *Sacred Books of the East*. Oxford: Clarendon Press, Vol. 27.
- MYERS, Ramon H. & WANG, Yeh-Chien (2002). "Economic Developments, 1644-1800". En: FAIRBANK, John K. & TWITCHERTT, Denis C. (Eds.). *The Cambridge History of China*. Cambridge: Cambridge University Press, Vol. 9, pp. 563-646.
- NEEDHAM, Joseph (1969). *The Grand Titration: Science and Society in East and West*. Londres: Allen & Unwin.
- Ó TUATHAIL, Gearoid & AGNEW, John (1992). "Geopolitics and Discourse: Practical Geopolitical Reasoning and American Foreign Policy". En: *Political Geography*, Vol. 11, Nro. 2, pp. 190-204.
- PARKER, Geoffrey (2008). "Western Way of War". En: PARKER, Geoffrey (Ed.). *The Cambridge Illustrated History of Warfare*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 1-14.
- PARKER, Geoffrey (1990). *La revolución militar. Las innovaciones militares y el apogeo de Occidente, 1500-1800*. Barcelona: Crítica.
- POMERANZ, Kenneth (2000). *The Great Divergence: Europe, China, and the Making of the Modern World Economy*. Princeton: Princeton University Press.
- QUIAN, Sima (1971). *Records of the Grand Historian of China*. Nueva York: Columbia University Press.
- QUIAN, Wen-yuan (1985). *The Great Inertia: Scientific Stagnation in Traditional China*. Londres: Croom Helm.
- RIPSMAN, Norrin M., TALIAFERRO, Jeffrey W. & LOBELL, Steven E. (2016). *Neoclassical Realist Theory of International Politics*. Nueva York: Oxford University Press.
- ROBERTS, Michael (1956). *The Military Revolution, 1560-1660: An Inaugural Lecture Delivered Before the Queen's University of Belfast*. Belfast: M. Boyd.
- SIVIN, Nathan (1982). "Why the Scientific Revolution Did Not Take Place in China - or Didn't It?". En: *Chinese Science*, Vol. 5, pp. 45-66.
- SNG, Tuan-Hwee (2014). "Size and Dynastic Decline: The Principal Agent Problem in Late Imperial China 1700-1850". En: *Explorations in Economic History*, Vol. 54, pp. 107-127.



- SPENCE, Jonathan D. (2011). *En busca de la China moderna*. Barcelona: Tusquets.
- SPRUYT, Hendrik (1996). *The Sovereign State and Its Competitors*. Princeton: Princeton University Press.
- SUN, Laichen (2012). "Review of Lost Colony: The Untold Story of China's First Great Victory over the West by Tonio Andrade". En: *The Journal of Asian Studies*, Vol. 71, Nro. 3, pp. 759-761.
- TAYLOR, Peter (1988). *Geopolitics Revived*. Newcastle upon Tyne: University of Newcastle upon Tyne.
- TILLY, Charles (1992). *Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990*. Madrid: Alianza.
- TILLY, Charles (1975). "Reflections on the History of European State-Making". En: TILLY, Charles (Ed.). *The Formation of National States in Western Europe*. Princeton: Princeton University Press, pp. 3-83.
- WALKER, Richard L. (1953). *The Multi-State System of Ancient China*. Westport: Greenwood Press.
- WALLERSTEIN, Immanuel (1974). *The Modern World System*. Nueva York: Academic Press.
- WALTZ, Kenneth N. (2000). "Structural Realism After the Cold War". En: *International Security*, Vol. 25, Nro. 1, pp. 5-41.
- WALTZ, Kenneth N. (1967). "International Structure, National Force, and the Balance of World Power". En: *Journal of International Affairs*, Vol. 21, Nro. 2, pp. 215-231.
- WALTZ, Kenneth N. (1959). *Man, the State and War: A Theoretical Analysis*. Nueva York: Columbia University Press.
- WESSON, Robert G. (1967). *The Imperial Order*. Berkeley: University of California Press.
- WRIGLEY, Edward A., SCHOFIELD, Roger S., LEE, Ronald D. & OEPPEN, Jim (1989). *The Population History of England, 1541-1871: A Reconstruction*. Cambridge: Cambridge University Press.
- YI-LONG, Huang (2001). "Sun Yuanhua: A Christian Convert Who Put Xu Guangqi's Military Reform Policy into Practice". En: JAMI, Catherine, ENGELFRIET, Peter M. & BLUE, Gregory (Eds.). *Statecraft and Intellectual Renewal in Late Ming China: The Cross-Cultural Synthesis of Xu Guangqi (1562-1633)*. Leiden: Brill, pp. 225-259.

Fecha de recepción: 22 de septiembre de 2021.

Fecha de aceptación: 13 de diciembre de 2021.